

RESEÑAS

Mario Vargas Llosa. *El lenguaje de la pasión*. Lima: Peisa, 2001.

Una de las claves para comprender al Vargas Llosa pensador consiste en examinar su conducta como escritor e intelectual a la luz del influjo de Jean Paul Sartre. En efecto, si *Le mur* descubrió ante el joven narrador la literatura moderna, no menos cierto es que la filosofía de Sartre, y aun más, su persona y actitud, parecen seguir gravitando, en cierta medida, sobre él. Ciertamente, no me refiero a las razones de Sartre, muy alejadas del actual neoliberalismo del gran novelista peruano, sino a su racionalización. Podría argüirse, no obstante, que la idea sartreana de la privación ontológica como motor primero de la acción humana, expuesta en *L'être et le néant*, nutre la hipótesis vargasllosiana de la disconformidad esencial con la realidad como elemento desencadenante del proceso fabulador. En todo caso, lo que deseo subrayar es cuán precisamente encaja Mario Vargas Llosa en la institución del mandarín intelectual, «un hombre al que una vasta audiencia confiere el poder de legislar sobre asuntos que van desde las grandes cuestiones morales, culturales y políticas hasta las más triviales.» (cf. «El mandarín», en *Contra viento y marea I*).

En la actualidad, no son muchos los escritores capacitados —o interesados— en asumir esta tarea que, sin embargo, parece fascinar al escritor peruano, aun cuando éste se percata de su flagrante anacronismo (véase «La muerte del gran escritor», en el libro que comentamos). Pero hay que

reconocerlo: Vargas Llosa cumple esa empresa con total desenvoltura, elocuencia y una disponibilidad que lo lleva a pronunciarse sobre los más disímiles temas: la revolución cubana, el nudismo, Arguedas, los procesos de Moscú, la huachafaría, la cultura de la libertad, el fútbol, el conflicto palestino-israelí, los niños asesinos de Walton, el ayuno, Martin Heidegger, el parque Salazar, Bob Marley, la masacre de Uchuraccay, el gay power, Gustave Flaubert, Fujimori, la novela rosa, la cárcel de Lurigancho, el rey Juan Carlos de España y el carnaval de Río de Janeiro, por mencionar algunos.

El lenguaje de la pasión —recopilación de cuarenta y siete artículos escritos entre 1983 y el 2000— no escapa a este designio heteróclito (aun cuando yo lamento la ausencia del magnífico «Anónimo veneciano», modelo de ataque oblicuo e inolvidable recuerdo de Mario Praz). La concisión y pareja extensión de los textos revela su origen periodístico. No quiero implicar con esto que se trata de textos ligeros. En modo alguno. Pero es justo decir que entre ellos difícilmente hallamos la rotundidad de «Albert Camus y la moral de los límites» o la belleza de «En un pueblo normando, recordando a Paul Escobar», dos piezas maestras, y es que, a despecho de su título, hay en este libro menos pasión que ironía.

Como era de esperar, varios textos pactan con la coyuntura política (el caso del balserito cubano, el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela, la modernización de la economía boliviana, Rumania después de Ceaucescu) y con diversos tópicos.

Con todo, esta reseña resaltaré aquellos en que Vargas Llosa asume la reflexión en torno al estado del arte, la literatura y la cultura. Lúcidamente o discutibles, estos artículos nos confrontan con problemas acuciantes y complejos: la impredecibilidad de la recepción estética («La ciudad de los nidos»), la transformación de la función de la literatura y del escritor en el tardocapitalismo («La muerte del gran escritor», ya mencionado, o «Las profecías de Cassandra», donde se objetan algunos pareceres de Georges Steiner, quien en su larga carrera, dicho sea de pasada, ha atraído sobre sí a críticos de lujo, como Michel Foucault o Vladimir Nabokov), la tarea de la crítica literaria y la galopante relativización de los valores estéticos. Deseo detenerme en estos dos últimos temas que, en realidad, se presentan entrelazados.

«Posmodernismo y frivolidad» reitera ataques en contra de Jacques Derrida. En esta ocasión, se le contraponen las figuras de Lionel Trilling y Edmond Wilson. Y digo reitera porque en más de una oportunidad Vargas Llosa ha puesto en duda la seriedad del filósofo francés. Recuerdo, por citar un caso, «La bruja que pasa llorando», comentario a *El bucle melancólico* de Jon Juaristi, en el que mencionaba desdeñosamente al autor de *Glas*, a Julia Kristeva y a Paul de Man. Esto no es preocupante, ciertamente, porque cada quien es dueño de sus fobias y fastidios (recordemos la irracional tirria de Nabokov hacia Freud); todavía más: puedo entender —no compartir— la antipatía, nada nueva, de Vargas Llosa hacia aquéllos, así como hacia Jean Baudrillard (a este último le dedica un ácido texto cuyo título, «La hora de los charlatanes», resulta bastante revelador, sobre todo si consideramos que en ese artículo se alude también a Roland Barthes y a Michel Foucault). Lo consternante, en cambio, me parece el desatino de Vargas Llosa al asimilar la empresa de Kristeva y la de Derrida a la «crítica literaria». La primera se dedicó a la semiótica y,

luego, al psicoanálisis; el segundo se abocó a un desmontaje de las premisas que informan el logocentrismo de Occidente. Que ambos hayan reflexionado sobre el lenguaje y prestado atención a ese terreno donde se cifran sus realizaciones más extremas, hermosas o arriesgadas, la literatura, difícilmente hace de ellos críticos literarios, y dudo mucho que *El bucle melancólico*, notable ensayo de interpretación histórica, avale a Juaristi para ocupar la sección de comentarios sobre poesía del suplemento cultural de *El País* o escribir una historia de la literatura española. En lo que respecta a la obra de Foucault y la de Barthes, creo que ambas se defienden solas —no siempre airoosamente—, que el primero —filósofo— no encaja mayormente en la figura de crítico literario y que el segundo —semiólogo— es uno de los grandes prosistas de la lengua francesa del siglo XX, idea que Vargas Llosa posiblemente no comparta. Finalmente, el breve resumen del pensamiento del autor de *Cool memories* que aparece en «La hora de los charlatanes» se desmerece por su sobresimplificación. Como quiera que sea, no queda totalmente claro lo que Vargas Llosa entiende por crítica literaria.

Hace un momento expresé que podía entender la antipatía del novelista peruano. Creo que ella se explica por dos razones. La primera es baladí pero decisiva: los textos de los autores mencionados, así como los de crítica literaria académica le resultan a Vargas Llosa desagradables porque son difíciles de leer («Tragicomedia de un judío»). El contrargumento es simple: esas obras serán accesibles en tanto que uno acceda a su metalenguaje. Rechazar tales textos porque nos resultan complicados o ásperos, tal como hace Vargas Llosa, me recuerda las descalificaciones que hubo contra las novelas del *boom* —que eran percibidas como «alambicadas» y excesivamente preocupadas por la «técnica»— por parte de críticos y lectores habituales a los procedimientos narrativos de la «novela regionalista». Por su-

puesto, nada tan personal como los gustos y disgustos y, como bien recordaba Valéry, «nadie está obligado a leer a nadie».

La segunda razón es más compleja. Para decirlo simplemente: creo que Mario Vargas Llosa, con mayores o menores matices, sigue siendo tributario del pensamiento modernista —uso este término en el sentido que se le da en el mundo anglosajón—; es decir, una concepción caracterizada por la creencia en la unidad de la experiencia, el sentido determinado de la referencialidad, la supremacía lógica y científica de la racionalidad y el predominio de universales. El pensamiento modernista creyó que la realidad podía ser aprehendida como un todo y que los seres humanos compartían un nivel común de experiencia de índole transcultural y transhistórica. Consecuentemente, entendió la obra de arte como una totalización que se manifestaba a través de innovaciones formales que cuajaba en un sistema capaz de aprehender los rasgos fundamentales de la existencia humana, «el fondo común de la especie», como diría Vargas Llosa. Así pues, basta recordar la «novela total» que el joven narrador preconizó y que el consagrado novelista aún practica, o la idea de unicidad teleológica de la Historia —que en el Vargas Llosa de antes desembocaba en el socialismo y en el de ahora en el libre mercado— para confirmar que el escritor peruano, como indiqué, no se ubica tan lejos del tipo de *mentalidad* que Sartre encarna.

Ahora bien, un texto tan divertido como «Caca de elefante», alegato en contra de los excesos a los que se ha llegado en las artes plásticas como consecuencia del relativismo crítico y estético, así como por los anhelos de rápida notoriedad entre los jóvenes artistas, contrapone a este «caos», curiosamente, el espacio literario, «en el que todavía no se han desmoronado del todo los códigos estéticos que permiten identificar la originalidad, la novedad, el talento, la desenvoltura formal o la ramplonería y el fraude y donde

existen aún —¿por cuánto tiempo más?— casas editoriales que mantienen unos criterios coherentes y de alto nivel.» Esto hace soñar: la idea resulta demasiado amplia —¿qué casas editoriales?— y de un optimismo que resulta desmentido por la heterogénea producción editorial en Occidente, así como por el triunfo de verdaderas mediocridades que venimos atestiguando en el mundo de habla hispana. Uno no puede evitar pensar que detrás de los elogios de Vargas Llosa a la institución literaria, capaz de separar la paja del trigo en la evaluación de textos y autores, lo que hay es autocomplacencia con su propio éxito. De otra parte, sorprende que al autor de *La casa verde* le parezca que la búsqueda de nuevos modos de expresión constituya una mera coartada a la falencia de ideas y talento. Por lo demás, la relatividad de los valores estéticos, de las interpretaciones y las lecturas no constituye un problema de gravedad, pues, a fin de cuentas, múltiples valoraciones, interpretaciones y lecturas terminan neutralizándose entre sí y cada individuo quedará librado, en el mejor de los casos, a efectuar sus propios juicios. La horizontalidad de los criterios de valoración será siempre preferible a la univocidad crítica, incompatible con la cultura de la libertad, como bien lo sabe el autor del excelente «Nuevas inquisiciones».

Pero *El lenguaje de la pasión*, sería mezquino soslayarlo, se lee con gusto y provecho por sus aspectos más logrados: la lucidez y valentía con que se desenmascaran las falacias religiosas («Dios los crea») y multiculturistas («El sexo débil»); la sensatez de su mirada sobre temas como la inmigración («Los inmigrantes»), el derecho a decidir la propia muerte («Una muerte tan dulce») o el respeto a las minorías religiosas («Defensa de las sectas»); las magníficas evocaciones de Octavio Paz y Delvaux; la inteligencia y sensibilidad con que habla de Vermeer y Seurat (¿se ha reparado en lo importante que parece ser la pintura para el novelista peruano en los úl-

timos tiempos?) y, además, porque nos entrega a un Vargas Llosa más proclive a la evocación y lo confesional. De hecho, sacando fragmentos de aquí y allá entre los artículos que conforman este libro, obtendremos una valiosa serie de estampas autobiográficas: el muchacho que jugaba con un amigo a adivinar qué escritores irían al cielo; el jurado de un premio literario que vota a favor de un libro de Guimarães Rosa en contra de uno de Gombrowicz; el novelista que se duele por la desaparición del confortable *Reading Room* del Museo Británico, donde escribió tantas páginas que ahora son insustituibles para nosotros; el autor consagrado que invita a cenar al majadero V.S. Naipaul, asiste a la puesta en escena de una obra de Brecht o evoca el fantasma de Cavafis en la noche cálida de Alejandría.

Sergio R. Franco
University of Pittsburgh

Daniel Balderston (editor) *Sexualidad y nación*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000.

Este libro es fruto del encuentro de dos campos centrales en los estudios culturales contemporáneos: los estudios de género y las reflexiones sobre el problema de la nación. El sexo y la nación son artefactos culturales íntimamente imbricados y desde estos dos prismas se está iniciando una provechosa re-lectura de la literatura latinoamericana, que permite el análisis de las pulsiones de la escritura, la corporeidad del lenguaje, la materialidad del texto y los efectos en el soma y el sema de las comunidades identitarias.

La tendencia general de estos trabajos es socavar las oposiciones binarias de los estudios de género y el carácter homogéneo de la nación. La visión clásica del género como construcción cultural de la diferencia sexual y una forma primaria de significantes de poder (Joan Scott) empieza a ser sustituida por perspecti-

vas más complejas donde se descartan identidades fijas y el género es conceptualizado como una móvil tecnología de ser y un posicionamiento discursivo y corporal. Punto nodal son las lecturas que privilegian la política y la economía libidinal de los cuerpos y la identidad sexual como performance, tal como el imprescindible libro de Judith Butler, citado y aprovechado por muchos de los autores, *Bodies that matter: On the discursive limits of "Sex"* (1993). Además, la *Queer Theory* contribuye con novedosas perspectivas, recogidas por una minoría de artículos, en su afán de reconocer el desafío al cuerpo nacional de los sujetos homoeróticos. Respecto de la problemática de la nación, los paradigmáticos libros *Nation and Narration* (1990) editado por Homi Bhabha e *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of nationalism* (1991) de Benedict Anderson empiezan a ser desconstruidos: ya no hay una narración de la nación, ni una sola comunidad imaginada, sino múltiples narraciones heterogéneas en conflicto y diversas comunidades sociales, étnicas y sexuales que luchan discursivamente por desestabilizar la imagen y la narración transitoriamente hegemónica de la nación.

El libro se inicia con una breve introducción del editor Daniel Balderston, en que se destaca la pertinencia de este campo de confluencias que ya tiene dos precedentes: *Foundational fictions: The national romances of Latin America* de Doris Sommers y *Nationalisms and sexualities* (1992) compilado por Parker, Russo, Sommer y Yaeger. Balderston se limita a presentar, constatar la diversidad de aproximaciones y ordenar algunos trabajos temáticamente, por lo que desperdicia una gran ocasión para proponer nuevas hipótesis o discutir las agendas políticas en este campo transdisciplinario.

Realizaremos un breve recorrido por algunas de las propuestas de los diecinueve textos que componen este volumen. El artículo de Magdalena